

## ¿A DÓNDE CREES QUE VAS?

¡Oye niño! ¿Qué haces tan solo en este parque? ¿Estás perdido?

- No, de ninguna manera señor. Si bien no soy de por aquí tampoco soy de alguna parte en específico, así que no me puedo perder aunque quisiera, conozco cualquier parte del mundo e incluso del universo.

- No te entiendo, pero qué más da, parece que eres un niño andrajoso y maloliente de la calle. ¿A dónde vas con ese casco de cartón y esa caja sobre tus brazos? Te ves ridículo con esa daga de madera en tus pantalones ¿Quién te crees? Como que has visto mucha televisión últimamente. ¿Te preparas para una guerra, niño? ¡Por favor! Las guerras déjalas a dios, a la suerte, al destino y a las glorias de los grandes hombres que la historia digiere sin mascullar. ¡Mírame!, no te hagas el loco, sé que me estás escuchando. ¡Mírame, te estoy hablando mocosol!

- ¡Ya te escuché! Solo quería saber cómo reaccionabas, es verdad que ustedes los adultos necesitan más atención que nosotros los niños, lo estoy comprobando, les duele ser ignorados y quedar sin respuestas, se sienten vacíos. Ahora te digo con respecto a tu afirmación tan pintoresca sobre las guerras, qué va a saber dios de ellas si él solo sabe aunar la suerte y el destino, y los grandes hombres son construcciones con base de otros tantos, a ellos les gustan los juegos del poder: su gloria es prestada, su historia una triste caricatura dibujada sobre las cenizas del tiempo. Me has llamado ridículo por vestir de esta manera, ya te lo explicaré a su debido tiempo, primero déjame decirte que no lo soy más que tú, pues eres tú mismo quien me somete a tales interpretaciones, además soy un niño, es mi deber ser ridículo, bueno, a excepción de cuando jugamos a ser adultos, ahí no somos ridículos sino, más bien, presuntuosos. En esos casos somos realmente tontos.

Me has preguntado también si voy a una guerra. Pues sí. Cada uno lidia una guerra complicada entre esa esfera implacable de sentidos, instintos y pasiones con los que se construyen los sueños y aquella otra esfera exterior de piedras, mármol y plomo. Cada uno, sin excepciones, hemos cohabitado con ese sentimiento trágico de fatiga, producido por el contraste de las realidades seniles y la omnipotente voluntad que lucha por ser inabarcable. Luchas diarias e infinitas en todos nuestros rincones de humanidad: el infierno y el cielo en nosotros mismos.

No se necesita ser un sabio ni mucho menos un adulto para saber, o al menos intuir, que este tipo de guerra ya la han descrito los grandes poetas o pensado alguna persona mientras camina por un corredor ¡no hay ninguna novedad en ello!, dicho sea de paso, esta es la primera causa de la escritura. Es en nuestra condición de infante en el que se despierta el sentimiento trágico y, en especial, la resistencia de verse reducido ante él. ¿Acaso no somos nosotros los dueños de los descubrimientos más amados de la condición humana? ¿No te acuerdas del éxtasis que recorrió tu cuerpo cuando descubrías algo, un amor, la amistad, la tranquilidad de la naturaleza, todo como un enjambre de sueño? Sin

embargo, la guerra por la que me he preparado es bien distinta a esa tensión del alma, es un tanto más extraña e inabordable porque quedó representada en el siguiente hecho.

Imagínese amigo que Jugaba con mis amigos en la escuela cuando de pronto una extraña lluvia cayó del cielo. Era verde y más fría de lo normal. Al inicio nos divertimos bajo la lluvia, pero después, cuando nos empezamos a hundir en la tierra, todo fue calamidad. Lastimosamente la mayoría desaparecieron: Carlos el valiente se hundió sin despedirse, tal y como era su personalidad, Javier lloró mientras desaparecía, y mi querida Andrea, la del tatuaje de mariposa pintado en la espalda, también lo hizo con lágrimas en los ojos, pero sin la algarabía de Javier. Yo sobreviví. Tuve la fortuna de agarrarme de un pedazo de tronco antes de que mis brazos quedaran atrapados en la tierra ¿Qué había sido esa extraña lluvia y por qué he decidido lanzar una cruzada una nueva guerra contra algo que aún no sé qué es? ¿Cómo llamarías tú a esta guerra?

-Jum, ni idea niño, te hace falta un tornillo.

- Espérame te termino de contar. Luego, cuando dejó de llover, comprobé ahí mismo los beneficios de mis manos. En últimas fueron ellas las que me salvaron; como el rey Midas que podía hacer cosas grandiosas con ellas. Esta daga, por ejemplo, la hice con el tronco que me sirvió de salvavidas aquel fatídico día. Con ésta puedo abrir portales fantásticos donde quiera, no importa si es la superficie más sólida del universo la puedo desgarrar fácilmente; es más, estoy seguro que ya he quebrado tu realidad en este mismo momento y has visto quebrarse el viento desde mis palabras. Hagamos una prueba si no me crees. ¿Cuál es tu nombre?

- Qué te importa.

- Dime en serio, te sorprenderás.

- Bueno, está bien, qué más da. Me llamo Manuel.

- ¿Eh? Manuel, qué nombre tan feo. Espera no me vayas a golpear, es solo una broma, por qué eres tan delicado. Pon atención. ¡Mira! He escrito tu nombre sobre el asfalto. Ahora, acércate y hunde tu cabeza en él. Eso, ¿qué ves?

- Veo mis entrañas estrujadas: el corazón, el hígado, los intestinos, el estómago, todos moviéndose en un compás absurdo y terrible, parece una masa inquieta.

- No, no, no. Pon más atención y verás.

- Veo, veo... ¡Diablos!

¡Qué ridículo ha sido todo esto!

- ¡Aish! ¿Por qué te saliste? Bueno, es tú problema. Seguramente ya has visto lo que quería.

Por lo demás, señor, usted es más ridículo con esa cara tan descarnada. ¡Oh! ¡Qué veo! Estás pálido y sudoroso. Tus ojos de vidrio te delatan. ¡Sabes! son comunes por estos lados: en los parques, en los centros comerciales, en las calles, parece una epidemia. Por mi parte he creado este casco de cartón que, aunque débil, es mi símbolo de resistencia ante el exterior y, especialmente, de ti, hasta ahora te conozco pero me caes muy mal.

- ¡Ja Ja Ja! ay sí, sobre todo. Ya me creí tus palabras. No eres más que un niño hablador y pusilánime.

- Dime entonces qué viste.

-No te lo diré, ha sido absurdo todo esto.

-¿Tienes miedo? Dime, o al menos reconoce que te equivocaste.

-Bien niño, disculpa mis palabras, acepto que he visto algo que no puedo describirte ahora mismo. Por cierto, no me has respondido mi pregunta inicial, bueno tus palabras fueron simple retórica y metáforas sin sentido. ¿A dónde vas?

- Te voy a responder exclusivamente porque me empiezas a caer bien. He decidido marcharme, pero no sé bien a qué lugar. Sé que hay muchos caminos y lugares a donde ir, pero prefiero hacerme el mío propio, uno en donde pueda escuchar mis propias palabras, en el que mis recuerdos, aunque pocos aun por mi precocidad se mantengan frescos por siempre y donde pueda volver a disfrutar de las mariposas de Andrea que tan fielmente las dibujaba de acuerdo a sus sensaciones cálidas, amorosas y amarillas; eran hermosas como sus ojos miel. Iré por ahí jugando y bailando, ya verás. Hay lugares congestionados de voces que te dicen qué hacer o cuáles cosas desear. Soy un niño libre y rebelde, esos lugares déjalos a las personas mayores como tú.

- Eso es imposible, son vanas esas esperanzas tuyas.

-Ya te dije, no soy de ningún lado, por eso me mantendré caminando, creando lo posible. Señor, ¿Has sentido ese lugar donde puedes dormir y despertarte entre adormideras? ¿Sí? ¿Has sentido ese cosquilleo producido en el pecho? Pues para allá voy.

Mira a esos ancianos en aquella banca, Manuel. Tú vas para allá, vas a morir, eso es inevitable. ¡Jajaja! Suena cruel pero es la verdad. Me pregunto si con esa cantidad de años los caminos se tiñen de nostalgia. Bueno, en ese caso me prenderé de las mariposas de colores que vendrán y de mis sueños que construiré de lava volcánica para que perduren por siempre, y volaré hacia espacios desconocidos para no desfallecer como ellos bajo esa cara sepulcral. Puede ser una ilusión infantil de mi parte pero qué más da, las esperanzas son así, infantiles.

- Pues sí, allá con tus cosas locas.

Y ¿qué tiene en esa caja que escondes tanto? Ven, déjame ver niño.

-No, claro que no.

-Déjame verla por un momento.

- La vas a romper

- Entonces suelta

- Está bien.

- Vamos a ver. Un balón de plástico, un par de tenis blancos, unas mariposas de celofán, un beso en una servilleta- pilluelo-, varios recuerdos, unas lágrimas... Y estas siluetas de papel ¿qué son?

-Las redondas son mis esperanzas en el mundo y las que se parecen a las personas son mis soledades.

-mmm, bueno. Y finalmente unos suspiros en burbujas.

-Son para el camino, me inspiran e impiden a abandonarme a las cosas y personas corrosivas.

Manuel vació por completo La caja de cartón. En un rincón permanecía oculta la última burbuja. Se acercó y la tomó delicadamente con ambos manos, sin embargo, la burbuja se reventó y un grito sordo se escuchó por el parque seguido de un suspiro profundo que lo ahogó, luego reinó un silencio absoluto. El hombre dio un paso adelante, se metió dentro de la onda que había producido la burbuja y, entonces, el niño con un movimiento rápido de su mano derecha devolvió la burbuja a su forma original y salió caminando de nuevo con sus cosas hasta perderse en el horizonte abrasado por el sol.

*Mario Alejandro Neita Echeverry*

*Politólogo de la Universidad Nacional*